



Los lugares de una megaciudad, una introducción

Los trabajos incluidos en este número doble del *Boletín Antropología* abordan diversos lugares y territorios de la Ciudad de México y muestran también diferentes perspectivas y profundidad: unos más coyunturales, otros con densidad histórica, unos observan más las relaciones instrumentales, otros entran a las texturas *emosignificativas* (simbólicas), unos priorizan el interior del lugar, otros dialogan desde él con el exterior, estableciendo diversas escalas que son trabajadas de manera alternada. De esta forma, se presentan valiosas etnografías; otras —pocas— son crónicas; hay también un relato, y se ensayan lenguajes para visibilizar voces —inclusive las propias— y relaciones. Así, en conjunto, muestran la diversidad compleja de una gran urbe.¹ A veces, los mismos espacios —casa, vecindario, metro, marcha— son auscultados desde dos o tres perspectivas; los conjuntamos porque le permiten al lector ponerse en varios puntos de vista y trabajar una versión nueva que enriquece nuestra relación con nuestra ciudad.

La *escala* —como elemento estructurador de la extensión— nos sirve para agrupar los artículos. La escala —además de su valor metodológico— reproduce las maneras de estar y hacer ciudad: de la casa se sale al barrio, de allí hacia microespacios del encuentro como la pulquería y la chocolatería —o al café, al bar o la plaza—; utilizamos el metro para desplegar nuevos espacios que colonizamos —con alegría u orgullo— o sufrimos —por ejemplo cuando la salud se deteriora—, o, por el contrario, recorremos calles, plazas o parques; volvemos a casa, o nos enclaustramos en ella. En todos los casos los recorridos y estancias realizan la *extensión* y nunca permanecen indiferentes; lo “caminado” se apelmaza en nuestras varias pieles que esas atmósferas sedimentan y estratifican.

* Escuela Nacional de Antropología e Historia, INAH.

¹ El antecedente más inmediato de este tipo de trabajos lo podemos ver en el libro que coordinamos con Amparo Sevilla y Miguel Ángel Aguilar, *La ciudad desde sus lugares. Trece ventanas etnográficas para una metrópoli*, México, UAM-I/Porrúa/Culturas Populares, 2001.

El territorio como memoria

Los dos trabajos que abordan las significaciones asociadas a diferentes prácticas territoriales en su *forma barrio* —La Fama y Romita, de María Ana Portal y Daniel Hernández, respectivamente—, parten de la *imagen de pérdida* —que paradójicamente proyectan no sólo utopías, sino símbolos de identidad—, y muestran que no sólo se han hecho difusas las fronteras físicas de ambos barrios, sino que las redes fundamentales que los hacían vigentes —mediante prácticas, símbolos y sentimientos— han mutado, desaparecido y/o reducido: en la propia memoria colectiva esas demarcaciones que emplazaban la vida son motivo de incertidumbre, pugna y causal de discriminación: los de afuera, los que llegaron después, los ignoran o menosprecian y los que nacieron después no militan ya en sus políticas de identidad, no obstante que resurge como deseo y en algunas prácticas de recuperación, como en La Fama.

Esos cambios en la configuración del entorno próximo se desarrollan por presiones de la urbe cuya energía penetra a través de los propios vecinos. Éstos se vinculan con ella bajo la dialéctica del deseo, la necesidad y el recelo y hacen que lo distante sea próximo y propio, si no es en la generación de quienes asistieron a los inicios de la confrontación, en los hijos, quienes cada vez más ocupan mayor espacio —metropolitano— y menor *territorio*, es decir *hacen más ciudad* y menos barrio, hasta llegar a la condición actual en la que, como dice María Ana Portal, “en muchos sentidos, [...] hoy el barrio es una suerte de *‘ficción’*, sólo visible y significativa para los que en él habitan” —entre quienes tampoco parece haber claridad—, y muchos de éstos —como he podido constatar en Xochimilco, en la relación de sus habitantes con las festividades religiosas y barriales— sólo ocupan sus barrios como dormitorios, desde donde diariamente incursionan en la ciudad, aún cuando vivan junto a quienes mantienen con esfuerzo y entusiasmo dichas fiestas, en las que se trabaja la identidad.



Ambos trabajos recurren a la *historia* para explicar la situación actual; pero no es una historia abstracta con fechas y lugares uniformes; es más bien una imbricación de *biografía* con historia, en la que cada hecho es una síntesis de lo individual y lo colectivo, y habla de prácticas instrumentales y simbólicas que marcan el territorio. Lo que han llegado a ser ambos barrios parece sintetizar el proceso que afecta a todos los espacios *emosignificados* de la gran urbe: en unos “se gestan importantes procesos locales de distinción anclados a la historia y a la memoria”, y en otros la colonia reemplaza al barrio,² fundamentalmente por el relevo de la población que vive en ellas; en el caso de Romita, por las tres etapas de éxodo que culminó luego del sismo de 1985.

La ciudad no se introduce al barrio solamente a través de vías de comunicación y edificaciones, lo hace también a través del emplazamiento laboral de sus pobladores; la búsqueda de trabajo afuera del barrio tiene consecuencias depredadoras en las relaciones sociales y en las redes territorializadas, y como su consecuencia: “la vida social que antes se desarrollaba en el espacio público entra a la casa, supliendo la carencia de espacios seguros y agradables en donde desarrollar las diversas formas de interacción social”, proyectando la imagen de que a mayor ciudad menos barrio. En este sentido, inclusive los procesos de exclusión social procesados en la historia de la Romita, que proveían los referentes territoriales y sociales para producir una mayor cohesión social, se transforma radicalmente cuando las estructuras arquitectónicas, sociales y culturales barriales —edificaciones horizontales,³ redes más allá de la familia, conocimiento detallado de los pobladores, rituales cíclicos

² Al respecto, María Ana Portal dice: “Tal vez podríamos afirmar que la diferencia entre un barrio y una colonia urbana está justamente en este reconocimiento de la historia local y su resignificación actual, es decir en los procesos de construcción de memoria colectiva, proceso ausente generalmente en las colonias de la ciudad.”

³ Consigno esto —así como la verticalidad de la colonia— como tendencia y no como regla general rígida.

concéntricos— devienen en los de la colonia, que se caracterizan por edificaciones verticales, relaciones fundamentalmente de familia nuclear, orientación hacia fuera —del barrio— y ausencia de rituales colectivos que los visibilicen al ponerlos en escena.

Habitar la casa-vecindad

Dos estudios sobre vecindades emplazadas en la zona central y vieja del Centro Histórico de la ciudad nos muestran una faceta de su complejidad. Lo que exponen estas etnografías cuestiona una tendencia observada en la modernidad urbana: la separación de los *dominios*⁴ de la vida, y la convivencia de elementos provenientes de diferentes temporalidades en las actividades de los habitantes de estas vecindades. En primer término, el contexto es diverso: “En estas zonas los espacios cumplen diversas funciones, entre las principales se encuentran las de casa habitación, comercio establecido, oficinas, sobre todo gubernamentales, centros culturales y de recreación y comercio informal”, —dota las condiciones de diversidad— produciendo áreas multiusos y familias urbícolas polifacéticas. Reyna Sánchez —así como Anja Clara Novell y Hugo Cristian Sánchez— encuentra que en un “día normal prácticamente son indisolubles las condiciones de trabajo de los vendedores ambulantes con las condiciones de habitación [...] y constituye una de las características esenciales de las formas de habitar”, mezclando la residencia con el trabajo, haciendo de los miembros de la familia la fuerza laboral, emplazando la biografía en un territorio que conjunta casa y calle como espacio vital cotidiano indisoluble, en lo que llaman simbiosis del espacio, como bien lo ilustra una antigua habitante:

Le he tomado cariño a la vecindad o al edificio, no quiero irme de aquí, no sé, me ha dado todo, ora sí que salud, cariño, y me ha dado *inteligencia de trabajar y de vender*

⁴ En el sentido de Ulf Hannerz (*Exploración de la ciudad*, México, FCE, 1986), es decir de la residencia, del *aprovisionamiento*, e inclusive, posiblemente del *entretenimiento*. Asimismo, esta cercanía influye en el del *desplazamiento* y el *parentesco*.



cualquier cosa,⁵ y aquí lo tengo seguro, las manos, no gasto en pasaje para ir a traer mis cosas que venda, este, pues me queda cerca, la Merced, y me quedó siempre cerca la escuela para mis hijos; no pago pasaje, para transportarlos, para llevarlos sino que a la hora de la salida siempre estaba ahí, por eso fue que me gustó, y estoy aquí a gusto, me he ido a otro lado, o sea de visita o así; no, no me hallo, ya me acostumbré aquí.

La forma urbana peculiar de la Ciudad de México. La reproducción de un ideal de barrio o de una aldea, todo cerca, con la ventaja de que la diversidad urbana te da el trabajo y el espectáculo, donde los *personajes* son precisamente también el *público*, situación característica de la ciudad. Debe señalarse que esta forma de usar el espacio es también una forma de supervivencia en una urbe que los excede; así la proximidad de los servicios y del trabajo deviene en menores costos, y posibilita encontrar un orden en el caos.

Al realizar un seguimiento detenido a las rutinas, a las interacciones y a sus modificaciones; a la contradictoria situación entre las “relaciones de evitamiento” que

⁵ La cursiva es mía. Nótese que la señora narra una condición esencial de lo urbano: la posibilidad de inventarse una ocupación, de mirar hacia el futuro, de encontrar en él la fuente de inspiración; nótese que estamos hablando con un sector que la antropología calificaría de tradicional, pues vive en una *vecindad*.

despliegan como política vecinal, y a la nutrida información que poseen los unos de los otros, Anja Clara Novell y Hugo Cristian Sánchez muestran una suerte de paradoja: casi todos saben

...cuántas personas viven en cada unidad doméstica, desde cuándo están allí, cómo adquirieron la vivienda, si tenían familiares ahora fallecidos viviendo en la vecindad. Se sabe también a qué se dedican los vecinos, dónde trabajan o estudian, a qué horas salen y a qué horas llegan. Se sabe qué tipo de muebles tiene el vecino, qué tipo de artículos costosos tiene y si adquirieron uno nuevo.

Así, emplazados en una vecindad pobre, vemos cómo el entorno adquiere una contradictoria significación para constituir las interacciones: evitamiento afectivo y compenetración cognitiva que posiblemente tiene en la ciudad, en los medios de comunicación masiva —predominantemente la televisión— y en las limitaciones del espacio, los factores que lo caracterizan: no es fácil conciliar con un balonazo en la puerta que resguarda el descanso, como tampoco es fácil competir frente a la “distracción” que ofrece la tele, pues inclusive las pláticas, tanto en sus temas como en sus estilos se amoldan o son amoldados por ella. Esta situación crea las condiciones para que los relatos del pasado sean nostálgicos —por ejemplo al borrar los conflictos ocurridos cuando se comparan con los presentes—, y que se los emplace como deseo, es decir, como posibilidad, como futuro.

Parques, plazas, calles: espacios de urbanidad, espacios disputados

El espacio público representado por plazas y parques ha resentido en cuanto a afluencia e imagen: son menos quienes van a ellos por la imagen de inseguridad que proyecta la ciudad en su conjunto. Para configurarlo, existe un diálogo creciente, imperativo —en el sentido de inevitable— entre nuestros imaginarios urbanos y los que promueve la televisión y la prensa escrita: aquello que encontramos —o creemos encontrar, por eso de la mirada que sospecha—⁶ en la calle y en

⁶ Podría hacer aquí una analogía con la construcción del lector de novela y cuento policial señalada por Jorge Luis Borges: “el lec-

las plazas es lo que ya hemos visto cuando hemos sido interpelados por ellos; no es una proyección en ese gran público como un horizonte externo: la característica central de esta imbricación es que sentimos en el cuerpo aquello que pensamos que miramos; de esta forma se [con]funden explosión e implosión: lo que vemos está allí, pero sale —como me decía un entrevistado— “de adentro”.

En mi artículo sobre Los Coyotes destaco la función urbanizante como la primordial del parque, que se asocia entre otras cosas a

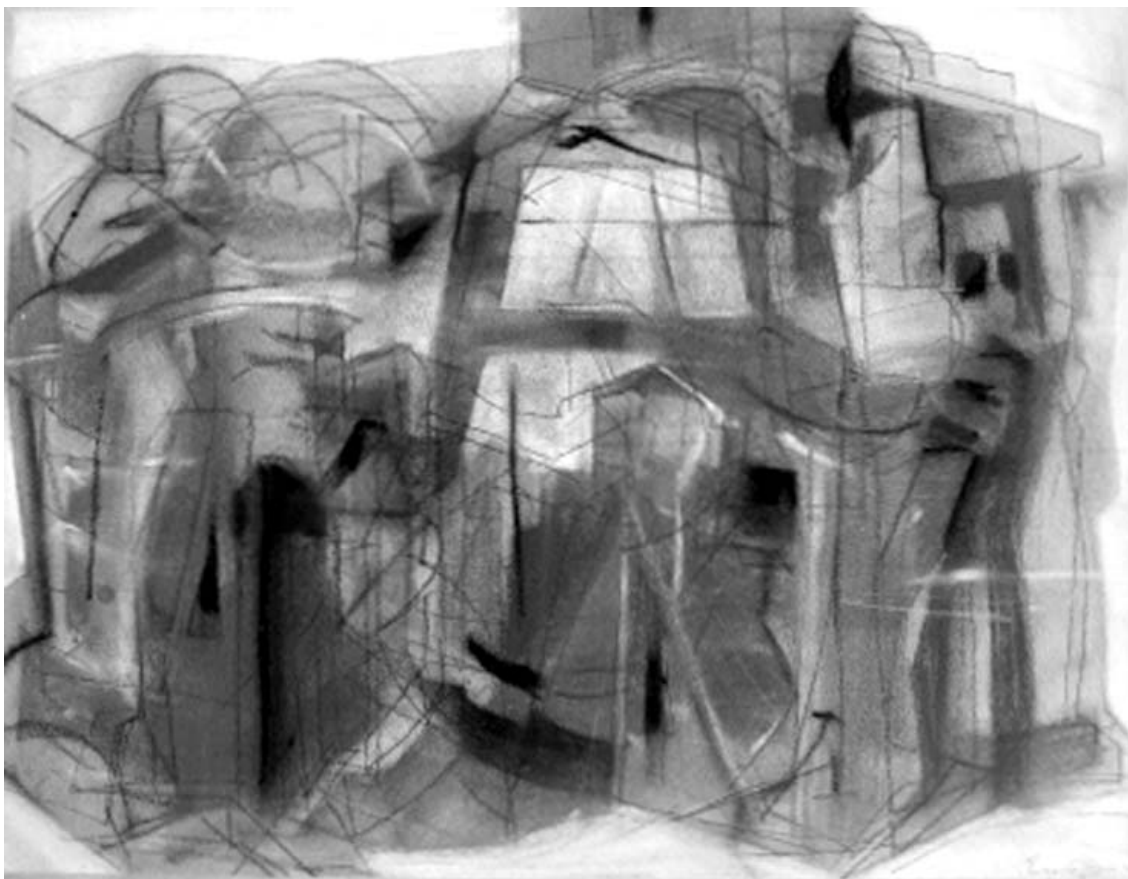
...un *lenguaje* y a unas imágenes que la elaboran: desde su aspecto físico hasta las figuraciones subjetivo-expresivas, el parque produce —y es producido por, e irradia— un campo semántico-estético con el que *habla* y es narrado, traduce y sintetiza las contradicciones entre sociedad y naturaleza y las utopías que dicha interrelación produce. En segundo lugar, esas imágenes y ese lenguaje se *realizan* en la atmósfera que genera, así como en las sensaciones que des-ata en los parquefilos. De alguna manera, en este sentido, el parque funciona como un espacio *emosignificativo* opuesto a la calle y al espacio público defeños: calle y estrés se oponen a parque y relajación, constituyéndose en un oasis en la megaciudad.

En este sentido, es importante distinguir entre *parque* y *plaza*, como puede observarse en la *diferenciada disposición* y ejercicio del poder entre ambos: las plazas son terrenos de mayor disputa y conflicto; los parques casi nunca han sido “tomados” por quienes protestan, por ejemplo.

Las *plazas* también son espacios-crucero físico y significativo que deviene en emocional: no soportan la indiferencia porque son lugares donde se está⁷ y el

tor de novelas policiales es un lector que lee con incredulidad, con suspicacias, una suspicacia especial”, es decir es un lector creado por el *género policial*, es un lector que sospecha, inquiera, se muestra atento a las señales. La televisión crea al *tele-vidente*, aunque aquí el proceso parece ser un tanto diferente y haya necesidad de matizar al sujeto *tele-dirigido* de Giovanni Sartori y el *tele-idiota* de Fito Paez con las astucias que re-crean de Michel de Certeau.

⁷ Esta posición surge a partir de diferenciar el devenir, privilegia el emplazamiento, aunque sea momentáneo, frente al desplazamiento, lo que a su vez, como lo muestro en mi artículo sobre Los Coyotes, permite y estimula mirar.



tiempo marca nuestra estancia —a diferencia de la calle que impele a seguir el camino—. Allí se posicionan diferentes actores con sus expresividades y signos; así, por ejemplo,

...en el espacio abierto de la Alameda olores, sabores, músicas, personajes y atmósferas tan diversas que la vuelven un espacio híbrido y multicultural. Es al mismo tiempo un nodo urbano que contiene en sus extremos dos líneas del metro, una zona de tránsito, un área patrimonial, una zona cercada por centros de abastecimiento (mercados, zonas comerciales, venta ambulante), ruta turística y cultural, usina de imágenes e imaginarios (postales, pinturas, músicas y películas). Se trata, sin dudas, de un objeto geo-social y cultural denso cuya aprehensión requiere desentrañar sus ritmos, temporalidades y texturas diversas.

Este espacio diverso es —o busca ser— sometido por el poder, son territorios en disputa permanente,

muchas plazas han sido “tomadas” por actores y usos que ese poder reprime, así, como un ejemplo de una forma de “recuperación” expropiatoria, narra Sara Markovski lo ocurrido en la plaza Solidaridad, donde la autoridad vacía la plaza por cuestiones de “higiene social” y “estética”.

Por otra parte, como un gesto colectivo, por iniciativa de personas de la tercera edad e interpelando a la autoridad, La Ciudadela se viene constituyendo en un centro muy importante de la práctica del baile: un movimiento convergente expande esa exigencia inicialmente etaria y hace del lugar un sitio de peregrinación semanal, cuyo impacto puede verse muy expresivamente en el testimonio recogido por un exdelegado a quien una anciana de 80 años le enrostró:

Usted quizá no tenga idea de la importancia que esto tiene para nosotros, porque la gente lo ve como algo sin

importancia el que estemos aquí bailando viejitos, pero yo le voy a decir lo que pensamos muchos de los que aquí estamos. El único día que salimos de nuestras casas es los sábados, es la única diversión que tenemos en la vida, no tenemos más. A veces los hijos y los nietos no nos pueden atender, y venir aquí nos permite sentirnos parte de este mundo, porque aquí hemos hecho amistades y venimos a platicar. Desde el viernes nos ponemos a arreglar la ropa que vamos a llevar al otro día y nos venimos a bailar porque es lo único disfrutable que tenemos en la vida, entonces por favor señor delegado, no vayan a quitar esta plaza.

Estamos pues ante la expresión dramática de la desigual distribución de los equipamientos culturales, ante la inequidad del acceso a los espacios de entretenimiento y la discriminación social y etaria; pero también frente a una exigencia ciudadana que trasciende el reclamo económico. Es posible que la recuperación sea limitada, pero la significación para los sectores que lo usan es invaluable.

El artículo de Isaura García, sobre las Vizcaínas, es un claro ejemplo de las interacciones entre actores, espacio urbano y políticas institucionales: el uso de las edificaciones, el entorno, cómo un escenario en transformación que afecta ese uso y es afectado por él, expresa las complejas relaciones que establecen entre ellos y no tienen una determinación unidireccional como postularon, entre otros, Castells y Simmel: una mirada diacrónica y sincrónica, interrelacionándolas, posibilita descubrir cómo sus poderes —de actor y espacio— no son inmutables, y que la acción recíproca fortalece o debilita al otro, que al cambiar de escala permite también encontrar más de una relación. Las Vizcaínas muestra cómo, en un espacio específico, los actores luchan y se esfuerzan por mantener y/o cambiar un tipo de relaciones y cómo la memoria instituye una densidad a dichas interacciones, como lo señala un urbícola implicado, entrevistado por la autora del artículo:



...aquí había muchas familias mexicanas, todo eso que está tapiado, aquí se encontraba de todo lo que usted quería, todo a su alrededor de la manzana del colegio: había carpintería, ebanistería, cartonería, los tamales, el señor de las talachas de las ruedas de autógena, imprentas, baños tortillería, tapicería, bueno ahí había de todo, en frente tenía yo, mi puesto de castañas.

Varias vocaciones le fueron adjudicadas a la zona, una de las más exitosas fue la de “zona roja”, territorio de prostíbulos y cabarets, cuyos nombres tatuaron el espacio: Linterna Verde o Club Verde, La Rata Muerta, también llamada El 1, Las Sirenas y *Le Rat Mort*, el centro nocturno La Oficina, famoso porque allí concurría Agustín Lara; el bar elegante La

Perla de Regina, el Mata Hari —con la oferta de “baile, juventud y alegría” para las clases altas—; “además del Smirna —según relata Isaura García—, pista de baile para el pueblo, que según vecinos se encontraba en el patio principal de lo que fue una gran vecindad, restaurada en los años setenta, hoy es la Universidad del Claustro de Sor Juana, en la calle de San Jerónimo”, mostrando la proximidad permanente, conflictiva, pero cercana de diversas clases que en su interacción construyen una atmósfera para ese pequeño territorio. Nombres famosos también lo ilustran, así la memoria encuadra la presencia de José Medel, *Cantinflas*, *Clavillazo*, Adalberto Martínez *Resortes* y José Martínez *Pallillo*, constituyéndose en un capital simbólico que se comunica y exhibe, pero que también refuerza la imagen permisiva que la signa, porque allí floreció el teatro, las carpas populares y los espectáculos con “alto erotismo”. Así, la imaginación despliega situaciones y hechos: “Se dice que en su núcleo entre Aldaco, Jiménez y Echeveste, se conjuga un barrio bravo, asaltos, venta de droga, almacén de fayuca y de equipo para la piratería, esto no está probado y nadie se compromete a denunciar. Incluso los vecinos consideran que son cuidados por... ellos mismos.” Un territorio asoma a la gran urbe, es también, de varias formas, su hechura.

El zapatista, artículo de Lucio Ernesto Maldonado, constituye una forma en que el testimonio de un hombre, en este caso un librero, permite ingresar a una perspectiva de la vida de una ciudad convulsionada por un evento histórico como la revolución iniciada en 1911. La perspectiva en la que se emplaza el testimonio reproduce una de las vertientes antagonistas de índole política, moral y fundamentalmente estética, fundida en la impregnación que las emociones producen. Maldonado, no obstante, no inicia su artículo sin contextualizar el periodo en el que este librero desarrolla su trabajo en la Ciudad de México, al contrario, introduce las modificaciones culturales, sociales, económicas, mediante la enumeración detallada de las nominaciones de lugares, el establecimiento de negocios, el surgimiento de personajes, géneros musicales, compositores, intérpretes, cine, entre otras expresiones de una ciudad que se diversifica.

Microespacios del (des)encuentro

Microespacios y microinteracciones constituyen, en un trabajo paciente y cotidiano, una parte fundamental de lo social. Es en esos lugares donde se moldean los actores —en los actos mismos de hacer, precisamente esos lugares—. En este sentido, es necesario que la antropología otee su entorno, y allí encontrará las esquinas, los rincones, las banquetas y las bancas, los pasillos y un sin fin de lugares colonizados por usos, afectos y significaciones. En esta perspectiva se ubican los textos de esta sección: auscultan un teatro, un hospital, una pulquería y una chocolatería. A estos lugares asisten personas de diversa condición social, más sus lenguajes, estados de ánimo, significaciones e intereses no son muy diferentes: el lugar los moldea y a su vez dialoga con el entorno.

El trabajo de Hugo Arciniega, sobre el Gran Teatro Nacional de Santa Anna, articula diversas escalas para correlacionar una arquitectura singular al contexto urbano, y la construcción de dicho teatro es un pretexto para desarrollar una metodología⁸ que enfoca el

⁸ Es destacable observar que el autor inicia su artículo con una escena relatada por Federico Gamboa en su libro *Reconquista*:



despliegue hacia el exterior urbano, así como los cuidados interiores que realizan los constructores para dotarle de “coherencia”. Como una muestra el autor señala:

Dicha iniciativa, más que al concepto de remate visual, respondía a una nueva concepción sobre el uso de los espacios públicos, ya que la iluminación nocturna a base de gas hidrógeno permitía robar horas al sueño y a la oración y dedicarlas a admirar las imágenes que las luces parpadeantes asignaban a las fachadas y a los monumentos

“Conforme adelantaban en la ancha vía solitaria, a su fondo divisaban, destrozada, la enorme mole del pobre Teatro Nacional, que echaban abajo para prolongar la avenida. Y visto a distancia lo que del imponente inmueble se conservaba en pie aunque a punto de caer, unas columnas por los suelos, en pedazos; gruesos cilindros de piedra junto a montículos de escombros y de tierra, en cuyas cimas titilaban las flamas diminutas de las linternas de aviso de los veladores; otras columnas en su sitio todavía, pero truncas, no sustentaban nada, ociosas y condenadas a rodar mañana y morder el polvo; vistos a los andamiajes destructores y a la luz de luna que más allá de pórticos y vestíbulos daba de lleno en lo que había sido sala y escenario, desolados también y también sembrados de escombros, de tierras, de vigias enormes que asomaban sus extremidades amenazantes y erectas, como bestias fantásticas que salieran calladamente de los removidos cimientos a disputar la inviolabilidad de sus viejos nidos” (Federico Gamboa, *Reconquista*, 2ª ed., México, Botas, 1937, pp. 276–277), para señalar al final la necesidad de estos abordamientos.



públicos erigidos para destacar los valores laicos, sobre los que se proyectaban.

Este emplazamiento urbano se complementaba con los principios de unidad y armonía, es decir, la composición debía hablar con elocuencia de las actividades que se ofrecían dotándole de esta forma de “carácter” al edificio. El detalle de las descripciones de la edificación como de sus proyecciones funcionales y simbólicas, así como el uso de fuentes diversas, muestra una búsqueda metodológica proyectada concientemente.

El artículo de Alí Ruiz es un expresivo trabajo de toma de conciencia sobre la implicación de la antropología urbana, cuando es realizada por una urbícola nativa de su ciudad. Ella *vive* una situación límite al exponerse a un proceso de interacciones en un hospital, debido a la intervención quirúrgica realizada a su novio, y desde aquello que Simmel llamó *reserva*, como ese “de-

recho de desconfiar propio de los hombres [...] de la vida metropolitana”, la autora se emplaza matizando su adhesión: “yo soy una urbícola muy *reservada*, así que me sorprendió mucho mi propia actitud, y estuve ensimismada intentando darme una explicación racional”, para luego, con Wilhelm Dilthey, asentir que “las ciencias del espíritu comprenden, no explican”, produciendo un espacio para la proximidad, que en ese momento es vital y en la escritura aparece con ese “agregado” de la implicación, desplegando lo que el mismo Dilthey señalaba: “significado, sentimiento y voluntad y logra encontrar las relaciones efectivas entre éste y su visión del mundo”, como ella misma expresa:

Entonces me asediaron de nuevo los viejos problemas epistemológico-existenciales [...] El dato cualitativo que produce la antropología se logra en las relaciones cara a cara, esto implica el diálogo de subjetividades, el choque

de emociones, pero ¿cómo dar cariz científico a la empatía, al agrado o al desagrado y a todas las emociones que tamizan nuestro trato con la alteridad? No lo sé, pero científico o no, mi sensibilidad hiperestésica y el paralelismo entre la situación de esa mujer y la mía me llevó de súbito a la *verstehen*. La comprendí, me sentí identificada además de que en efecto pertenecíamos en el hospital a un mismo subgrupo.⁹

donde sentimos los ecos de Renato Rosaldo, en su *Cultura y verdad*, con las iras de sus cazadores de cabezas y la pérdida de su esposa.

Esta etnografía muestra, de manera ejemplar, el ejercicio del poder en una situación límite; también expone cómo las formas sociales poscoloniales penetran en las instituciones a través de las personas, más allá de las argumentaciones racionales y sus políticas. Antropología del dolor, de la incertidumbre, de la furia, de la empatía, de la urgencia singular que sintetiza aquello que pasa en los hospitales, pero también en las cárceles, en

⁹ “Mientras observaba a la gente, encontré rostros conocidos, aunque el día anterior no puse mucha atención a mi entorno, recordé haber visto algunas de las personas que estaban ahí, la señora que tejía, por ejemplo, ya me era conocida, el día anterior estaba con una mujer muy parecida físicamente a ella, de facciones toscas, estatura baja y sobrepeso, cuando nuestras miradas se encontraron, me saludó con una sonrisa y me preguntó: —¿y el güero? —lo están operando, contesté, —no me diga, pues ¿qué tiene?, le platiqué a grandes rasgos y ella me contó también su historia: tenía un hijo internado porque en un asalto lo habían apuñalado: —le atravesaron el intestino y le fracturaron a patadas ocho costillas, una de las cuales le había perforado el pulmón, llevaba nueve días hospitalizado y ella y su hija se alternaban para cuidarlo, ahora su hija estaba arriba con él porque la gravedad del estado de su hijo les daba la posibilidad de un pase de 24 horas. La señora vive en la colonia Bondojo, ahí tiene una fonda que atiende con su hija y que todos estos días ha permanecido cerrada, su hijo es chofer de un microbús de alguna ruta que tiene paradero en Huipulco, su esposo murió atropellado hace más de ocho años. —¿Ya desayunó?, —ya señora, muchas gracias, —¿apoco sí?, si llegó desde bien temprano y no la he visto que coma, ándele güerita, cómase esta torta, traigo varias, si no comemos no rendimos y aquí hay que estar al pie del cañón; comí la torta de huevo con frijoles refritos y queso blanco y ella aceptó una manzana que le di, seguimos conversando hasta que bajó su hija y ella subió para sucederle. —Qué salga bien su güerito, me dijo amablemente, —gracias señora, yo también espero que se mejore su hijo, le dije, expresando un deseo profundo y sincero, no necesitaba saber más, sabía que fuere quien fuere el muchacho internado, su madre estaba sufriendo enormemente y hubiera querido detener su sufrimiento”.

los pasillos de la justicia,¹⁰ en las escuelas y universidades, en los campos académicos, en las instituciones del Estado.

Por otro lado, en un campo opuesto, y quizá por ser un lugar al que se va “voluntariamente” y porque el entorno genera una atmósfera, el lenguaje es uno de los protagonistas de las pulquerías; el lenguaje también, no obstante, es el más importante generador de dicha atmósfera: causa y efecto sin secuencia lineal, pulqueros atrapados por la telaraña que tejen y tejen sin cesar. Así, según un testimonio recogido en el artículo de Ernesto Licona,

...en las pulquerías hay mucha risa, demasiada, ahí se hacen las bromas o sea la clientela participa más de las pláticas que no es el caso en una cantina, te sientas y pláticas con quien vas y en la pulquería las pláticas son más generales. Hablas y un cabrón que está en el fondo te contesta y agarra y te dice; hasta en los albuces es más comunitario el ambiente aunque no te conozcan. La gente es más común. El ambiente es menos privado, el *jicarero* se mete con los clientes, no podría llamarle familiar sino más general. Se ven ahí, se gritan cualquier cosa, es muy raro que de ahí salgan compadres yo creo que no, los clientes entablan una relación de amistad momentánea.

Estamos pues, ante una situación social que despliega una actividad más lúdica que funcional donde, al decir de Simmel, la socialización cede a la sociabilidad como un

...proceso [que] se realiza también en la separación de lo que llamé el contenido y la forma de la existencia social. Lo que en ésta es propiamente la “sociedad” consiste en *el estar uno con otro, uno para otro y uno contra otro*¹¹ por medio de los cuales los contenidos e intereses individuales experimentan una formación o fomentación *a través del impulso o la finalidad*. Estas formas adquieren ahora una vida propia, se convierten en ejercicio libre de todas las raíces materiales, que *se efectúa puramente por sí mismo y por el atractivo que irradia esta libertad*; este fenómeno es el de la sociabilidad (Simmel, 2002: 82).

¹⁰ El antropólogo peruano Efraín Morote Best decía que en esos pasillos “se empozaba el odio”.

¹¹ Las cursivas son mías.

Los pulqueros no van a las pulquerías solamente a tomar, es una atmósfera, que ellos mismos crean lo que los atrae, y estar con otros no significa impulsar un mismo proyecto de mediano o largo alcance, sino estar juntos, porque sí. La pulquería, como la cantina o el billar, entre otros, es un nodo urbano circunscripto, y no obstante organiza el espacio desde su acceso libremente obligatorio: así, de alguna forma, la pulquería es un oxímoron urbano.

Ese juego se expresa también en las nominaciones:¹² *Detente hermano*, es un imperativo laxo por su dosis de humor; *Cómo te va de ahí, Aquí se está mejor que enfrente*, habla de interpelaciones interiores y al entorno; *Los Erutes de Sansón*, expresa la sinécdoque de la satisfacción y una estética comunitaria que demarca, remitiendo así a la fisiología y a una filosofía de la vida; *BB y BT*, juega con una sonoridad (in)significante; *Al Pasito pero Llego, La Conquista de Roma por los Aztecas*, circunstancia e historia como deseo; *La Línea de Fuego, El Purgatorio, La Gloria, El Infierno, El Sube y Baja, Los Hombres sin Miedo*, marcan a los actores y promueven una atmósfera masculina-heroica; *La Toma de Ciudad Juárez, La Gran Batalla de Otumba, El Huapango de Veracruz, El Jarabe Tapatío*, delimitan un espacio escrito con historia, cultura musical y —por tanto— despliegan un territorio, fijan lugares de la memoria y una red que emplaza, a quien nombra, en la nostalgia, dotando de densidad al presente y al lugar; *Los Fifis, La Elegancia*,

¹² Refiriéndome al *lenguaje del lugar*, señalé en otro texto: “Entonces refiere a una nomenclatura específica que la nombra y delimita: un nombre lo distingue y jerarquiza y muchos otros hablan de sus cualidades, reparticiones, funciones, usos, sentidos, actores. Ese nombre se asocia a un campo semántico que lo articula y establece los componentes de la identidad de la comunidad que la crea y se apropia, distinguiéndola y relacionándola. Es aquello también por el que se define lo serio o lo cómico, lo solemne o lo risible: la palabra soez indispensable funda el lugar marginal-lumpen, el género invalida, matiza o azuza su emergencia, y su realización adecuada también caracteriza el género y el carácter de los (las) interlocutores (as) en las jerarquías internas. El lugar tiene un discurso propio” (Abilio Vergara, “El lugar antropológico. Una introducción”, en Miguel Ángel Aguilar, Amparo Sevilla, Abilio Vergara (coords.), *op. cit.*, 2001, p. 10).



El Buen Gusto, pretenden y quieren ser a través del gusto o del estilo, enmarcan la elección, aunque su ejercicio depende de poderes diversos; *Conozco a los Dos, ¿No que No?, Te lo Dije*, insinúan diálogos inquisitivos, son la exploración del entorno inmediato y un llamado también al emplazamiento clasificatorio; *El Gran Atorón, Me siento Aviador, La Gran Mona*, no sólo hablan de los efectos, sino de una gran condición, es la expresión pública de la pertenencia; *La del Estribo y Sobre la Marcha*, hablan del deseo de quedarse —“el que mucho se despide...”— y de las prisas urbanas, y, en conjunto, a pesar de sus contradictorias significaciones y extensiones, remite al trabajo incesante

de las producciones identitarias: produce los signos de los que nos asimos para ser y/o devenir.

Ese carácter viene, en primer lugar, de su extraordinaria posibilidad para reorganizar¹³ adentro las distinciones sociales que vienen de afuera; según Ernesto Licona: “todos tienen nominaciones como: *los paisanos, los tíos, los empleadillos, las putitas, los fierros, los judas, los rateros, los media cuchara o los macuarros*, designaciones que muestran una biografía social pero también el sitio que ocupan dentro de la pulquería”; y, en segundo lugar es también un espacio de urbanidad en su sentido sociable, como dice el dueño de la pulquería: “siempre hay algo, es un lugar que te divierte mucho. Ahí llega el que sabe de fútbol, de política, historia y muchas veces dice muchas barrabasadas”.

El artículo de Katia Perdigón sobre la chocolatería relata una experiencia urbana circunscrita: ciertas prácticas que conjuntan, bajo un mismo techo, las rutinas o costumbres que desarrollan ciertos urbícolas —en un estar momentáneo y placentero— y, por otro lado, el azar, la posibilidad de encontrar un ambiente que se anhela, se busca y que al fin se encuentra, en esos senderos de la exploración que la ciudad posibilita y

¹³ Este trabajo se realiza generalmente en un ambiente festivo y de relajación, lo que posibilita jugar con las distinciones de manera irreverente, reubicar las jerarquías casi en un ambiente carnavalesco y acudir al lenguaje obsceno para corroerlas.

promueve. El Moro así se constituye en un mojón urbano, al que, como en muchos casos, también contribuye la escritura de quienes abordamos la cultura en las ciudades, y de esta manera desplegamos nuestros mapas hacia lugares que se —y nos— iluminan.

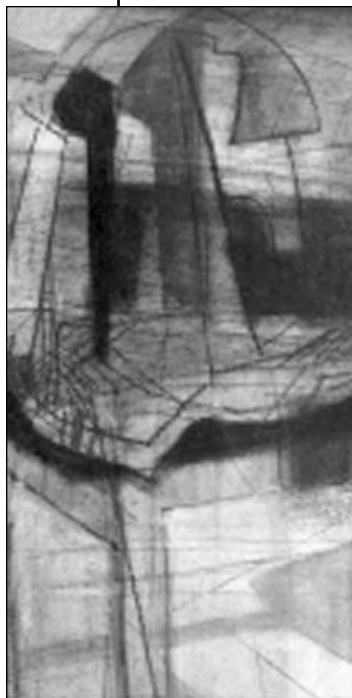
El lugar conquista al movimiento

El metro es la puesta en escena más fiel de la condición de las macrociudades: descarnadamente muestra el despliegue de la multitud, que es la forma más expresiva en que podemos vernos *demográficos*, muchos y solos a la vez, anónimos e indiferentes, vernos allí sí casi como un número; ante sus imágenes las estadísticas palidecen, pues “verdaderos ejércitos humanos caminan codo contra codo para entrar o salir de los vagones [...] que lograr ascender a los vagones a las llamadas horas ‘pico’ puede significar un verdadero triunfo entre miles de oponentes”. Es este espacio, que colonizan diferentes tipos de urbícolas que etnografían Olivia Domínguez, Melissa García y Mauricio García, quienes despliegan una observación sistemática hacia los espacios del metro y de la urbe desde perspectivas relativamente diferentes.

Mas, no obstante que es fundamentalmente un espacio de desplazamiento y de lo efímero, determinadas prácticas detienen el movimiento y otorgan a sus componentes significados y articulaciones con experiencias de vida que la trascienden¹⁴ y arraigan; pero, también, son impensables fuera de él en las megaciudades, como lo señala Olivia Domínguez:

...con todo, los andenes también sirven como espacios de contacto e interacción social entre los usuarios, son ante todo un punto de reunión. Las citas bajo el “reloj” son

¹⁴ Por ejemplo en las *impresiones* que nos llevamos a casa, como relatos, si tenemos a quien contarlos, o como meras imágenes si no hay con quien compartir, por ejemplo los casos que narra Melissa García: “Así, una mujer de 38 años comentó que la estación Hospital General le recordaba cuando una muchacha se había aventado a las vías del metro, mientras que la estación la Raza, cuando terminó la relación sentimental con su novio. Un hombre de 25 años reportó que el metro le recordaba una etapa de su niñez, ya que a los seis años se había perdido en el metro Taxqueña”.



frecuentes [...] se encuentran compañeros de escuela y de trabajo, parientes, amigos, novios, esposos o amantes. Bajo el reloj se conocen aquellos que se citaron por teléfono, carta o Internet y que nunca antes se habían visto. Bajo el reloj se dan los encuentros, pero también las rupturas. Bajo el reloj se espera a los impuntuales y a aquellos que no han de llegar.

Son pues, cronotopos emblemáticos de encuentros sobre la marcha, en el vértigo del viaje que lo detienen, pero también afincan y a veces anidan: de allí surgen proyectos, de allí también bodas y desencuentros.

Son, entonces, escenarios con los que se cuenta para ser y estar con los otros y de alguna forma colonizar un espacio que inclusive los otros reconocen en las cartografías de la ciudad:

...en los andenes se refuerzan los lazos de identidad grupal, son los lugares de reunión de grupos específicos cuya presencia salta a la vista. En la estación de Etiopía se congrega un grupo de niños indígenas que tocan el acordeón; en los andenes de la estación Niños Héroes se pueden distinguir los grupos de vendedores ambulantes haciendo cuentas entre broma y broma; los andenes de la estación Hidalgo y específicamente el área del reloj se han convertido en el punto de reunión de los miembros de la comunidad *gay*, y los de Potrero sirven para que los músicos afinen sus instrumentos y practiquen sus canciones.

También el metro es explorado en las interacciones que propicia al interior de los vagones, los sentidos que se estimulan, las formas en que la mirada trabaja el entorno, etcétera.

Los ojos de las antropólogas y el antropólogo priorizan de diferente manera: una emplaza en el entorno, centros comerciales, salas de cine, oficinas de gobierno, edificios de empresas, centros de estudio de diferentes niveles; la otra ausculta subjetividades y ensaya engarces categoriales, el otro emplaza estrategias de autoempleo. Ninguno puede prescindir de subrayar, con asombro de confirmación, la presencia de la *diversidad* y de la *institución*: promoviendo prácticas que se oponen, ambos en constante asedio mutuo, en cuyo centro sensibilizado se ubica el *metronauta*, con la paradójica situación que ese centro viaja con cada uno y es, por tanto, ubicuo.

Al recurrir a la observación detenida de lo fugaz, los artículos nos dicen que el metro configura una paradójica conjunción entre *indiferencia* y *sensibilidad*. Auscultando actividades culturales promovidas por la autoridad y por iniciativa de quienes hacen de ese sistema de transporte un lugar de trabajo cultural, se vislumbran diferentes proyecciones y producen efectos en los usuarios, no obstante que la escala de intervención es obviamente diferente y refieren a la construcción de imágenes del metro y de la ciudad: la artista callejera puede no ser integrante de una red, pero para el imaginario urbícola, la función de los que trabajan en los trayectos y estaciones es probablemente más o menos homogéneo: provienen de sectores pobres, luchan por supervivir; a veces molestan, a veces divierten, a veces infunden temor, a veces compasión: no hay lugar para la indiferencia *cuando esto sucede*, y hay marcas que llevamos a casa, en la plática, en la evocación silenciosa, alimenta la construcción de la monstruopolis, que precisamente no cesa de parir esos personajes. Su ubicuidad también habla de esa su cualidad para generar la diversidad, pero también de las contradicciones y conflictos que dicho proceso des-pliega.

La cultura en el metro y la cultura del metro.

Como espacio para supervivir autoempleándose, desarrollar el arte en el desplazamiento, mostrar miserias individuales —piernas gangrenadas— o colectivas

—campesinos de la Sierra Norte de Puebla— hiperbolizándolas para sensibilizar, creando personajes y mapas de la injusticia, la indignación, el rencor social o del desagrado: el metro cada día radiografía la economía del país, muestra en microinteracciones las estéticas de la repulsión o la adhesión solidaria, pero también la compasión cristiana, que puede envilecer aquello que quiere amar.

Mauricio García parte de una experiencia personal para situar su estudio y constata cómo los llamados trabajadores precarios utilizan estrategias de asedio para “franquear la barrera” de la indiferencia, *simmeliana*, que los urbícolas ponen frente a los otros, como “interpelar directamente —a quienes aparentemente no los escuchan o hacen caso—, jalar la ropa, insistir por mucho tiempo, perseguir al transeúnte, etcétera”. García subraya: “sin embargo, aun después de estas experiencias¹⁵ no dejó de inquietarme la naturalidad con que los destinatarios los ignoran y los enunciatarios insisten, aun valiéndose del fingimiento (escenificación) y la denigración propia”. El autor propone una clasificación de las formas de abordamiento y las estrategias que realizan los precarios, y la imagen que se van formulando los urbícolas, donde al parecer la atmósfera que se crea es de mayor sospecha y desconfianza, puesto que se caracteriza a ese mundo como de “engaño”. Quisiera, en este contexto, destacar una de las conclusiones que me parece importante: “En todo momento hacen uso de un sentido muy desarrollado de ‘oportunidad’ sobre los flujos, dinámicas y problemas de ciertos espacios públicos de la ciudad”, lo que nos va diciendo acerca de las potencias de la ciudad para generar la diversidad; también muestran las formas en que demarcan la ciudad, y cómo se apropian configurando mapas personalizados, de grupo, de función, etcétera.

Asimismo, explora las diferencias en el mismo seno de los trabajadores precarios y ensaya perfilar sus posibilidades de respuesta frente a las normas dictadas por las autoridades —como la *Ley de Cultura Cívica*—, para impedir su trabajo: “las manifestaciones públicas de los precarios tendrán que ser dirigidas por aquellos trabajadores mejor organizados, con mayores ganancias o

¹⁵ Debo señalar que él mismo vivió la experiencia de *precario*.

que su actividad no presente una desviación a lo legal demasiado evidente”. De igual forma, señala en su análisis contrastivo de la aplicación de la mencionada ley y los usos que de la legislación realizan los policías y autoridades, que posiblemente generará mayor “corrupción y multiplicación de líderes de informales con nichos importantes de poder y de ingresos”.

La esfera pública: tatuando la ciudad

Los artículos que forman parte de esta sección —de Aída Analco, Sergio Tamayo, Xóchitl Cruz-Guzmán y Esteban Sánchez— contribuyen a reelaborar nuestra mirada a las expresiones públicas del descontento social en los dos primeros, y a las políticas de la ciudad en el último. El movimiento popular y su forma más visible, la *marcha* en la ciudad, son eventos que ponen en escena las relaciones de poder: una marcha es una forma expresivo-significativa de la sociedad, mediante la cual ésta dialoga consigo misma y se reta. Hay una tendencia a esquematizar la explicación de su realización: 1) unos ven en esos actos el voluntarismo manipulador de sus dirigentes; 2) otros creen que eso ocurre porque están en juego los intereses de las clases sociales en conflicto. Por mi parte, creo que ambos extremos para abreviar: no hay claridad —o conciencia— de la carencia del poder que se necesita para cambiar el mundo, por lo que no todos los participantes tienen que saber todo de todo,¹⁶ pero tampoco hay tanto poder para engatusar y ponerlos en *la calle para tomarla*, sólo con la seducción de la palabra de los dirigentes. La marcha atrae porque en ella se habla a la sociedad y a uno mismo, también porque tiene la fascinación de la fiesta y de lo lúdico, así como del desafío de expresar con mayor libertad sobre los problemas que aquejan. La marcha congrega también porque conjunta dramatismo —en sus dos senti-

¹⁶ Como al parecer “quisiera”, siempre, la derecha y los medios que confirman sus pronósticos autocumplidos al entrevistar a los sectores menos informados de dichas movilizaciones.

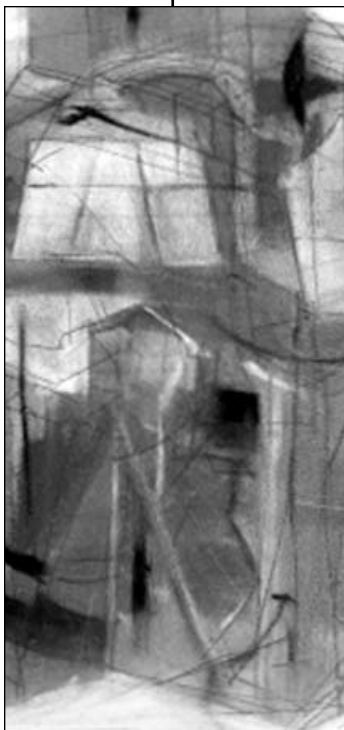


dos, de límite entre lo cotidiano y lo trágico, y de puesta en escena—, como espectáculo que se ofrecen a sí mismos los marchistas, sabiendo que irruptiva y sorpresivamente, y de verdad, el reto los espera en el lugar y el momento inesperados, probando sus fortalezas¹⁷ o mostrando sus debilidades. La marcha es la energía social convertida en vehículo que arremete por las calles

¹⁷ Alguien debía estudiar esta faceta de las marchas y ver cómo, entre esas posibilidades de pruebas a venir —paradójicamente inminentes e inesperados al mismo tiempo—, también se producen porque la marcha debilita las fronteras entre lo público y lo privado, principalmente cuando las marchas son largas, duran mucho, y dan la posibilidad de que sus integrantes muestren “lo que son” frente a los otros que comparten sus rutinas: si alguien muestra coraje, valor o “se raja” ante el desafío de la represión, hace uno indivisible su personaje y se convierte en sujeto, poniendo todo su ser en cuestión. Paradójicamente también, es en el espacio público por excelencia donde esas cualidades personales, a veces íntimas, se ponen en escena, se convierten también en social.

frente al enemigo social; fluye por causas y cauces y abreva de sí misma y de los otros —en juego, en diálogo o enfrentamiento— para potenciarse. En este *juego-pugna*, calles y medios de comunicación ponen los escenarios.

En este sentido, la visibilidad es también la meta —a su vez que recurso—; para muchos movimientos de ahora, la aspiración es llegar a la televisión y a la prensa escrita y radial, pues como expresivamente lo muestra Aída Analco, la marcha se impregna del espectáculo de la pospolítica para atraer el ojo de las cámaras. Así, el sábado 26 de junio del 2004, en la marcha del “Orgullo Lésbico, Gay, Bisexual y Transgénero”, todo parece orientarse por allí:



...curiosidad, morbo, sorpresa, escándalo, ellos y ellas se han vestido, desvestido, disfrazado para ser fotografiados o captados por una cámara de video, todo se vale, la imaginación desbordada, si las cámaras no aparecen hay desilusión, disminuir el paso y posar para la toma, hacer que no se dan cuenta, espontaneidad artificial, hoy aquí están, las cámaras los hacen visibles y eternos.

No obstante, sería conveniente hacer una distinción, pues entre los diferentes movimientos sociales, creo que uno de los que trabaja —como búsqueda— los signos de su identidad con mayor militancia —e inclusive agresividad— es el representado en esta marcha; así, si bien “la diversidad es la meta”, ella se asocia al imperativo de la participación: “¡¡Banquetera, únete!!”.

La otra marcha, denominada “Marcha por la paz”, convoca a una población diversa, pero mayoritariamente clasemediera, donde ellos, en una ciudad que desconocen, exploran sin darle mayor importancia al territorio de los otros: “una señora hablaba por su celular *¿en dónde estamos?, ah sí en una calle que se llama Juárez, me dicen...*”. Es la ciudad que probablemente vieron, en la tele, caotizarse, y ahora les tocaba, por primera vez estar en esa escena. En ésta también reproducen sus prácticas cotidianas; sus redes y reconocimientos

debilitan el influjo de ese territorio marcado por el descontento y la protesta más sentida de las víctimas y de los más pobres: “otra señora con una pañoleta blanca en el cuello, celular en mano y gafas para el Sol, le comenta a su acompañante *‘mira, ahí está Monse del club, ¡qué bueno que vino!, ¿no?’*, entonces, la marcha derivó en desfile, en una pasarela, donde lo que importaba era ser visto por los demás, pero no por los otros, a diferencia del día anterior, sino para exhibir la ‘conciencia social’ entre pares, entre los conocidos, los demás no importaban. Hasta en la tele vamos a salir, ¡qué loco! ¿no?” Así, la marcha se extraña de sus actuales protagonistas y del espacio que transitan, de las consignas y

protestas —pocas, pues significativamente, en reconocimiento de una posible concurrencia diversa, se había explicitado como silenciosa— no pueden confluir ni siquiera cuando se cantó el himno nacional —muchos lo ignoraban— y sólo encontrar un eco masivo con: ¡México, México, México!

El trabajo de Xóchitl Cruz-Guzmán y Sergio Tamayo propone, de manera muy expresiva, la configuración concéntrica de una geografía de la protesta social: “De norte a sur, de este a oeste, ganaremos esta lucha, cueste lo que cueste”. Es una geografía que forma sintagmas diacrónicos y sincrónicos, en movimientos convergentes que recorren el territorio nacional,¹⁸ tatuándolo para realizar los rituales centrales en la capital, reeditando en ella los trayectos que con el tiempo

¹⁸ Ellos lo consignan: “Fueron ocho caravanas las que se darían cita en la gran urbe, atravesando la República de norte a sur y de este a oeste. La caravana 1 se denominó ‘Ricardo Flores Magón’ que salió de Tijuana, Baja California; la número 2, ‘General Francisco Villa’, se originó en Ciudad Juárez, Chihuahua; la marcha 3, ‘Mineros de Nueva Rosita’ emprendió el camino de Nuevo Laredo, Tamaulipas; la 4, ‘Expropiación Petrolera’, de Reynosa, Tamaulipas; la número 5, salió de Zihuatanejo, Guerrero; la caravana 6, llamada ‘Ejército Libertador del Sur’, de Tapachula, Chiapas; la trayectoria 7, ‘Jacinto Canek’ de Mérida, Yucatán; y la marcha 8, ‘José Ma. Morelos’ desde Lázaro Cárdenas, Tabasco. Ocho caravanas que se desplazaron por cien ciudades”.

inscribieron el simbolismo de la protesta en el espacio urbano:

Ya en la ciudad de México, los cien mil manifestantes partieron de cuatro lugares distintos, significativos simbólicamente para el movimiento social y político: el Monumento del Ángel de la Independencia contingente encabezado por la Unión Nacional de Trabajadores (UNT); el Monumento a la Revolución, liderado por el Sindicato Mexicano de Electricistas (SME); el Congreso de la Unión, desplegado por el Frente Sindical Mexicano (FSM) y el monumento al prócer Lázaro Cárdenas, iniciado por el Movimiento El Campo no aguanta más.

Una constante de estas movilizaciones es que convocan a sectores heterogéneos. Ni siquiera la marcha *gay* —como comúnmente se conoce, en un trabajo de economía comunicativa— se muestra compacta y única: allí se muestran, muy expresivamente las diferencias, y más aún, las políticas concientes destinadas a decir —o, mejor, a exhibir— la pluralidad interna que converge y disiente constantemente. Así, en la Marcha por la Soberanía Nacional se puede encontrar las múltiples formas en que se concibe ese concepto y ese sentimiento, mismos que se engarzan no solamente a los sectores representados por las organizaciones participantes, sino en la gente que va allí sin pertenecer, pero con simpatía.

El trabajo de Esteban Sánchez observa un momento de la historia de la Ciudad de México. En 1847, los estadounidenses se apoderaron de ella, y constata que “lo sucedido con esta ciudad durante aquellos meses de la ocupación militar ha sido escasamente estudiado” y que los hechos que se desencadenan “nos muestra que el pretendido Estado-nación que ahora conocemos como República Mexicana presentaba avances sólo rudimentarios en su proceso de consolidación, veinticinco años después de su independencia”. El artículo pretende reflexionar sobre un problema: “el de la capitalidad de la Ciudad de México”.

Sánchez otorga densidad histórica —a la mirada de los otros artículos—, aunque interpretada desde una perspectiva de una ciudad que pretende consolidar un liderazgo propio regional,¹⁹ y opuesta a la versión ofi-

cial de una ciudad traidora, mostrando cómo la ciudad se concibe en relación a su entorno y pugna por dotarse de un territorio que lo sustente y dé una autonomía como ciudad en pugna con los poderes de la Federación y del territorio nacional —representado por los estados—. De esta forma, señala Esteban Sánchez, “la ciudad abandona con ello los hábitos metropolitanos para adquirir las características de capital regional”. El trabajo presenta un análisis de coyuntura que, no obstante, abre una ventana para observar la función capital de la ciudad capital en el proyecto de un Estado-nación.

Un elemento importante que viene asistiendo a los trabajos de antropólogos y sociólogos es la diversificación de fuentes, y los artículos aquí reunidos lo explicitan de manera ejemplar: las interacciones cara-a-cara se contextúan y conforman en diálogo con los medios de comunicación y no existe fuente ilegítima como posibilidad de acceso a lo social. En este sentido, los trabajos de esta sección son ejemplares. Otro elemento destacable es la progresiva inclusión de las formas en que el espacio se va construyendo en territorio, demarcándose, y cómo ese proceso muta, reelaborando sus certezas.

En este *dossier* participan muchas miradas enfocadas a la gran ciudad, unos la fijan en lugares, otros participan del movimiento que los comunica, pero todos contribuyen —reitero— a una misma finalidad: que el lector se posicione desde más de una perspectiva, que se ubique en un *punto de vista* y recorra hacia otro, que relativice su mirada y, así no sea antropólogo, entre en su juego de traductor y concentrador de los significados que cada objeto, lugar, personaje, fenómeno o situación social convocan. Estas páginas son *nuevos-viejos* pliegues de la ciudad, y los dedos que los hojean, dejan en sus páginas —que colonizan también como su territorio—, invisiblemente al principio, apelmazados después, sus huellas; así cuando vuelva a hojearlas, también ellos se encontrarán allí, cuando, además, la memoria y su imaginación les evoque aquella visita que quizás estas mismas páginas estimularon realizar.

se como cabeza de una región y empezar a resistir las fuerzas centrífugas que trabajarán al interior del territorio del que pretende adueñarse”.

¹⁹ El autor dice: “La ciudad considera que tiene que consolidar-